

Bilingüe

Colegio y Liceo Santa Isabel

CARPETA 2

L I T E R A T U R A

4 ° A Ñ O

**"Un lugar donde tu hijo desarrollará sus
habilidades."**

Adelaida Puyol 317 - Tel: 4664-6431

www.institutoeducativosantaisabel.edu.uy

CARPETA 2

LEYENDA Y MITO

Leyenda. Relato transmitido inicialmente por tradición oral, en prosa o en verso (en algunos casos, se basa en acontecimientos históricos y, en otros, es fruto de la fabulación popular), en el que prevalecen elementos fantásticos o maravillosos, frecuentemente de origen folclórico. Puede tener como protagonista un personaje, un espacio misterioso («El monte de las ánimas», de Bécquer) o un acontecimiento. Buena parte de los poemas épicos conocidos tienen como base una leyenda previa, lo cual es evidente en la literatura española, donde varios cantares de gesta, romances y obras dramáticas de tema histórico legendario incluyen o se apoyan en este tipo de relatos. Efectivamente, en la épica castellana aparecen estas leyendas en

torno a héroes, cuya existencia histórica, a veces, no puede ser comprobada, como es el caso de Bernardo del Carpio (protagonista de romances), o en torno a personajes históricos de los que apenas quedan en el relato más que sucesos puramente legendarios, como ocurre con el rey visigodo don Rodrigo, del que los romances viejos evocan hechos fantásticos, (p. e., sus amores con la Cava). Incluso una figura histórica tan conocida como Rodrigo Díaz de Vivar es objeto de diversos relatos legendarios. Algunas secuencias del *cantar* son pura leyenda: la de las arcas de arena, el episodio del león, la afrenta de Corpes, etc. Otro tipo de leyendas son las hagiográficas, que abundan en la literatura medieval y en el teatro del Siglo de Oro: p. e., en los *Milagros de Nuestra Señora*, de Berceo, en las *Cantigas de Alfonso X*, etc. Un período de especial creatividad es el Romanticismo, tanto en verso (poemas legendarios del duque de Rivas, Zorrilla, etc.) como en prosa: entre las más originales figuran las *Leyendas* de G. A. Bécquer, de las que cabe destacar, por su calidad estética y mayor acogida de los lectores, *Maese Pérez el organista*, *El monte de las ánimas*, *La rosa de pasión*, etc. **Libreto.** Véase PANFLETO.

Libreto. Escrito de carácter dramático que sirve como texto de

Mito. Término de origen griego (*mythos*; fábula) con el que se alude a ciertos relatos primitivos cuya historia servía de fuente de inspiración a los poetas en sus cantos y a los autores dramáticos en la elaboración de sus tragedias. Para Aristóteles, el mito, entendido como el conjunto y ordenación de los sucesos de la historia dramatizada, constituye «lo supremo y casi el alma de la tragedia». El mito aparece vinculado no sólo a las primeras creaciones literarias, sino también a la filosofía en sus inicios y, sobre todo, al marco ritual de las religiones primitivas. Es en este cam-

po donde se descubre el sentido originario del mito, entendido como relato de una historia sagrada, de unos acontecimientos ocurridos en el comienzo de los tiempos, en los que participan seres divinos o héroes. Mitos son, pues, los relatos donde se cuentan las diversas irrupciones de lo sagrado en el mundo, irrupciones que provocan la aparición del cosmos o de ciertas realidades primordiales del mismo: la vida vegetal o la humana, p. e., en los mitos cosmogónicos de creación del mundo, del hombre, o los de la fecundidad de la tierra. En la actualidad, el término «mito» presenta múltiples acepciones: se dice de personalidades relevantes convertidas en mito (García Lorca, los Beatles), de un personaje literario considerado como arquetipo y encarnación de ideales (don Quijote), de una realidad u objetivo utópicos (la «Edad de Oro», el «progreso»), de una forma prelógica de pensamiento propia de los pueblos primitivos, etc. Por otra parte, el mito ha sido abordado desde diferentes disciplinas: la historia de las religiones, la antropología, el psicoanálisis, la filosofía y, por supuesto, la crítica literaria. Dentro de esta última, ciertos investigadores, como A. J. Greimas, N. Frye, G. Dumézil, etc., han tratado de establecer analogías entre la estructura narrativa del

mito y ciertas formas literarias, como cuentos, leyendas, relatos novelescos, etc. En este sentido, N. Frye cree ver en los relatos mitológicos de los oráculos y de los ritos de las religiones primitivas (p. e., los relativos al ciclo solar y la fertilidad de la tierra) el origen de determinadas formas narrativas y géneros literarios (el cuento heroico, la tragedia, la comedia, la sátira, etc.) con los que comparten notables semejanzas en el modelo de configuración del protagonista, en la presencia de personajes auxiliares u oponentes del mismo, en las fases fundamentales del desarrollo de la historia relatada, etc. Véase SIMBOLICA.

La relación entre mito y literatura es una constante en la historia de la creación literaria popular y culta. En cuanto a la literatura grecolatina, la presencia de los grandes mitos clásicos es evidente en la epopeya (Homero y Virgilio) y la tragedia, así como la persistencia de esos mitos clásicos en las literaturas románticas y, en concreto, en la española, en la que aparecen también mitos bíblicos como el del «paraíso perdido», el «satanismo», el «cañismo», etc. A su vez, la literatura posterior ha ido generando nuevos mitos en personajes de ficción elevados a la categoría de héroes míticos: don Quijote, don Juan, Fausto, Robinson Crusoe,

etc. Al mismo tiempo, determinados escritores han recreado una serie de símbolos poéticos que, sorprendentemente, coinciden con elementos míticos de las primitivas religiones agrarias: recuérdense los símbolos telúricos de Lorca y su evocación de la luna, la fecundidad, la sangre, el toro, etc. Véanse: CUENTO, FOLCLORE, ORAL (LITERATURA) Y PSICOANÁLISIS Y PSICOGRÁFICA.

Fuente: *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot

"Un lugar donde tu hijo desarrollará sus habilidades."

Adelaida Puyol 317 - Tel: 4664-6431

www.institutoeducativosantaisabel.edu.uy

CARPETA 2

DAFNE Y APOLO (texto)

DAFNE⁸³

Fue Dafne, la hija del Pequeo⁸⁴, el primer amor⁸⁵ de Febo: éste no lo ocasionó un ciego azar, sino la rencorosa crueldad de Cupido⁸⁶. Poco ha el Delio⁸⁷, orgulloso de haber vencido a la serpiente, lo había visto doblar el arco tensando la cuerda y le había dicho⁸⁸: «¿Qué tienes tú que ver, niño juguetón, con las armas de los valientes? Estas gestas convienen a mis hombros, puesto que soy capaz de producir certeras heridas a los animales y producirlos a un enemigo, yo que no ha mu-

⁸³ Para un estado de la cuestión sobre este episodio, cfr. H. Herter (1983). En lo referente a sus modelos, en especial las *Bucólicas* de Virgilio, cfr. P. E. Knox (1990). Que la de Dafne es la primera de una serie de historias idénticas y el por qué de esa recurrencia lo indica J. Fabre (1985).

⁸⁴ Según la versión más extendida Dafne es hija de la Tierra y del Ladón, río de Arcadia. Que Ovidio, innovador en todo este episodio, la llame hija del Pequeo, río de Tesalia, puede deberse al intento de dar una explicación etiológica de cómo el laurel, propio del Tempe (valle por donde discurre el Pequeo y en el se rendía gran culto a Apolo), se trasplantó a Delfos; cfr. L. Castiglioni (1964), 117 ss. y Haupt-Ehwald, H. Breitenbach y F. Bömer *ad loc.*

⁸⁵ Este «primer amor» no se refiere únicamente a Apolo sino que abre la larga lista de amores de dioses y mortales del poema, del mismo modo que el «primer crimen» de Tácito, *Ann.* I 6, abre la larga serie de muertes contenidas en la obra. Cfr. W. C. Stephens (1958) 288. Según I. A. Cruce (recogido por P. Burmannus) Ovidio alude al gran amor que sintió Augusto por Livia, quien, como el laurel, fue estéril en su matrimonio con el *princeps*. Cfr. M. R. Barnard (1975/76). Sobre el significado político del episodio y su modelo helenístico, cfr. F. Williams (1981) y U. Schmitzer (1990) 73-74.

⁸⁶ Dios del amor, el Eros de los griegos, hijo de Venus. Acerca de su padre y de otras genealogías, cfr. A. Ruiz de Elvira (1975) 97.

⁸⁷ Sobrenombre de Apolo por haber nacido en la isla de Delos.

⁸⁸ La crítica es unánime en considerar invención de Ovidio este diálogo entre Apolo y Cupido. Cfr. H. Fränkel (1945) 78, E. Doblhofer (1960) 79, W. S. M. Nicoll (1980), para quien el diálogo es una variación del motivo de la *recusatio*, y H. Le Bonniec (1985) 156-157 n. 36.

[215]

cho he abatido, hinchada por numerosas flechas, a Pitón, que con su vientre portador de ponzoña ocupaba tantas yugadas. Tú date por satisfecho mientras provocas con tu antorcha no sé qué amores y no aspire a las alabanzas que me pertenecen.» A éste le responde el hijo de Venus: «Que tu arco atraviese todas las cosas, Febo, a ti el mío, y cuanto todos los animales son inferiores a un dios, tanto menor es tu gloria que la mía.» Dijo, y surcando el aire con batientes alas rápido se detuvo en la umbría ciudadela del Parnaso⁸⁹ y de su aljaba portadora de flechas envió dos dardos de diferente actividad: uno pone en fuga al amor, el otro lo provoca; el que lo provoca es de oro y resplandece en su aguda punta, el que lo pone en fuga es romo y tiene plomo bajo la caña. Éste lo clavó el dios en la ninfa Peneide, con aquél, en cambio, hirió a Apolo en lo más íntimo atravesando sus huesos: al punto uno ama, la otra huye del nombre del amante feliz con los escondrijos de los bosques y los despojos de los animales cazados y émula de la casta Febe⁹⁰; una cinta sujetaba sus cabellos dispuestos sin orden⁹¹. Muchos la pretendieron, ella rechazando a los pretendientes, sin poder soportar un marido y libre de él, recorre los inaccesibles bosques y no se preocupa de qué es Himeneo⁹², qué Amor, qué las bodas. A menudo su padre le decía: «me debes un yerno, hija», a menudo su padre le decía:

⁸⁹ Delfos.

⁹⁰ Diana, diosa de la caza y virginal, así llamada por su abuela la Titánide Febe, como se ha dicho en la nota 5.

⁹¹ F. R. J. Tarrant (1982) 355 considera interpolado el v. 477 porque no aparece en los más importantes manuscritos «lactancianos» (M¹ N¹) y, sobre todo, porque está fuera de contexto y es una recurrencia con el 497. Sobre los argumentos a favor de la autenticidad, que neutralizan los de Tarrant, cfr. Ch. E. Murguía (1985).

⁹² Divinidad protectora del matrimonio, entendido la mayoría de las veces como la propia ceremonia, al igual que Amor puede ser entendido como divinidad o abstracción. Sobre si Himeneo es hijo de Urania o de Venus, cfr. R. M.⁴ Iglesias (1990) 190 n. 10.

[216]

«me debes nietos, hija»: ella, que odiaba las antorchas conyugales como un crimen, había cubierto su bello rostro de pudoroso rubor y en los cariñosos brazos de su padre, abrazada a su cuello, le decía: «Permíteme, queridísimo padre, gozar de eterna virginidad: antes le concedió esto a Diana su padre»⁹³. Él, en efecto, se muestra complaciente; pero a ti ese mismo encanto te impide que se dé lo que ansias y tu belleza se opone a tus aspiraciones. Febo está enamorado y desea las bodas con Dafne nada más verla, y confía en lo que desea y le engañan sus propios oráculos; y de la misma manera que la ligera paja se quema una vez segada la espiga, al igual que arden los setos con las antorchas que por azar un caminante acercó demasiado o abandonó al amanecer, así se inflamó el dios, así arde en todo su pecho y alimenta con su esperanza un amor estéril. Observa que sus cabellos caen sin arreglo en su cuello y dice: «¿Qué si se peinan?»; ve los ojos que brillan con fuego como las estrellas, ve los besos que no es suficiente haber visto; alaba sus dedos y sus manos y sus brazos y también sus antebrazos desnudos en más de la mitad: si algo está oculto, piensa que es lo mejor. Ella más rápida que la ligera brisa huye y no se detiene ante estas palabras de quien la quiere hacer volver:

«¡Ninfa, hija del Pequeo, detente, te lo ruego! no te persigo como enemigo; ¡ninfa, detente! Así huye la cordera del lobo, así la cierva del león, así las palomas con alas temblorosas del águila, y cada una de sus enemigos naturales; el amor es para mí la causa de la persecución. ¡Desgraciado de mí! No caigas al suelo, y las

⁹³ Como indica E. Doblhofer (1960) 81, muy pronto fue reconocida la deuda de Ovidio para con Calímaco *Himno a Artemis* III 6 ss.; fue U. Wilamowitz-Moellendorf (1924) II 52 quien hizo hincapié en que las palabras de Ovidio no eran una simple reminiscencia, sino una cita exacta del *dos moi parthenien aiomon, appa, phyláseu*; con todo, ya Muretus en el siglo XVI (en nota de Ciofanus recogido por Burmannus) había dicho que Ovidio está aquí traduciendo a Calímaco, idea en la que también insiste Pontanus en su edición de 1618.

[217]

"Un lugar donde tu hijo desarrollará sus habilidades."

Adelaida Puyol 317 - Tel: 4664-6431

www.institutoeducativosantaisabel.edu.uy

CARPETA 2

zarzas no señalen tus piernas que no merecen ser heridas y sea yo para ti motivo de dolor. Escabrosos son los lugares por donde te lanzas: corre, por favor, con más prudencia y refrena tu huida: yo mismo te perseguiré con mayor moderación. No obstante, averigua a quién agradas; yo no soy un habitante del monte, no soy un pastor, no guardo aquí, desaliñado, mis vacadas y rebaños. No sabes, atolondrada, no sabes, de quién huyes y por ello huyes. Bajo mi dominio están la tierra de Delfos y Claros y Ténedos y el palacio de Pátara⁹⁴; Júpiter es mi padre⁹⁵; por mediación mía se evidencia lo que va a ser, lo que ha sido y lo que es; gracias a mí se acomodan armónicamente los poemas a las cuerdas. Sin duda, mi flecha es certera, sin embargo, más certera que la mía es una sola que ha producido heridas en un vacío pecho⁹⁶. Mío es el descubrimiento de la medicina⁹⁷ y soy llamado por todo el mundo auxiliador y está sometido a mí el poder de las hierbas: ¡ay de mí, pues el amor no puede curarse con hierba alguna y no sirve de nada a su dueño la ciencia que a todos beneficia!⁹⁸.

⁹⁴ Enumeración de santuarios de Apolo: Delfos en Tesalia y Claros en Jonia tenían además un oráculo; Ténedos, isla del Egeo, frente a Troya, y Pátara en Licia, importantes templos. Los *aitia* de estos lugares los explica R. Regius.

⁹⁵ Apolo es, en efecto, hijo de Júpiter y de Latona, una hija de los Titanes Ceo y Febe, y hermano de Diana. En los versos siguientes el propio dios indica cuáles son sus atributos y poderes: dios de la adivinación, de la poesía y de la música y certero flechador.

⁹⁶ Para H. Fränkel (1945) 78, Ovidio considera al amor el tema más importante de su épica superado sólo por el propio tema de la metamorfosis, sin alejarse de su producción amorosa. En cambio W. C. Stephens (1958) 294, piensa que la supremacía del amor está asociada también a las bases filosóficas del poema (empedocleas y órfico-pitagóricas) que hacen del amor una fuerza cosmológica y no algo meramente emocional.

⁹⁷ Ya desde el libro I de la *Ilíada* Apolo aparece como dios de la medicina.

⁹⁸ Tópico del lenguaje amoroso es que el mal de amores no puede ser curado ni siquiera cuando afecta a los que conocen el arte de la medicina. De modo similar se lamenta Enone en *Her.* V 145-150, pero aquí Ovidio deja constancia de su deuda con los elegíacos anteriores, ya que substituye

[218]

Del que intentaba decir todavía más cosas huyó la hija del Peneo con temerosa carrera y dejó atrás las palabras sin terminar a la vez que al dios, también entonces se la ve hermosa; el viento desnudaba su cuerpo, los soplos que salían a su encuentro agitaban el vestido que oponía resistencia y una ligera brisa con su empuje le echaba hacia atrás los cabellos, y su hermosura se ve aumentada con la huida. Pero el joven dios no soporta más estar falto de caricias y, según aconsejaba el propio amor, sigue con paso apresurado sus huellas. Como cuando un perro de la Galia ha visto una liebre en un desierto labrantío y éste con sus patas busca la presa, aquella su salvación (uno, semejante al que está a punto de alcanzarla, espera obtenerla de un momento a otro y roza con su dilatado morro sus huellas; la otra está en la duda de si ha sido apresada y se arranca de los mismos mordiscos y deja la boca que la roza): así el dios y la doncella; éste es rápido por la esperanza, ella por el temor. Sin embargo, el que persigue, ayudado por las alas del amor, es más rápido y se niega el descanso y está a punto de alcanzar la espalda de la que huye y sopla sobre la cabellera extendida por el cuello. Agotadas sus fuerzas, ella palideció y, vencida por el esfuerzo de la rápida huida, dice, contemplando las aguas del Peneo⁹⁹: «¡Ayúdame, padre», exclama, «si los ríos tenéis poder divino! ¡Haz desaparecer con un cambio esta figura, con la que he gustado en demasia!¹⁰⁰.

el *medicabilis* («remediable») de la *Heroida* por *sanabilis* («curable»), recogiendo *sanare* de Tib. II 3, 13 y Prop. II 1, 57, cfr. R. M.^a Iglesias-M.^a C. Álvarez (1992) 175-176.

⁹⁹ Para J. Wills (1990), en todo este pasaje puede verse claramente una enorme influencia del *Himno IV a Delos* de Calimaco, ya que la huida de Daphne es similar a las correrías de Leto quien, como Dafne, invoca la ayuda del Peneo; y Cupido es el trasunto de Hera persiguiendo a su rival. Para otros precedentes helenísticos cfr. también F. Williams (1981).

¹⁰⁰ Seguimos la llamada «versión Peneo o Tesalia» y no la «versión Tierra o Arcadia» basándonos en el texto de H. Magnus. Para todos los pro-

[219]

"Un lugar donde tu hijo desarrollará sus habilidades."

Adelaida Puyol 317 - Tel: 4664-6431

www.institutoeducativosantaisabel.edu.uy

CARPETA 2

Apenas acabado el ruego, un pesado entorpecimiento se adueñó de sus miembros: su blando pecho es rodeado de fina corteza, sus cabellos crecen como hojas, sus brazos como ramas; su pie, hace poco tan veloz, se queda fijo con lentas raíces, el lugar de su rostro lo tiene la copa: en ella permanece solamente su belleza. También la ama Febo y, posando su diestra en el tronco, siente que su pecho tiembla todavía bajo la reciente corteza y, abrazando con sus brazos sus ramas como si fueran miembros, da besos a la madera: con todo, la madera rechaza sus besos. A ésta el dios le dijo: «Y, puesto que no puedes ser mi esposa, en verdad serás mi árbol. Siempre te tendrán, laurel¹⁰¹, mi cbellera, mi citara, mi aljaba. Tú acompañarás a los alegres generales, cuando una alegre voz cante el triunfo y el Capitolio contemple largos desfiles. Tú misma como la más leal guardiana de la casa de Augusto estarás en pie ante las puertas y protegerás la encina que está en medio¹⁰², y, del mismo modo que mi cabeza es la de un joven con los cabellos sin cortar, lleva tú tam-

biemas de la doble versión cfr. H. Magnus (1905) y (1925), F. W. Lenz (1967) 46 ss., así como J. Blänsdorf (1980). Un más reciente estado de la cuestión en Ch. E. Mungia (1984).

¹⁰¹ Con esta invocación se nos dice en qué se metamorfosea la ninfa, cuyo nombre significa laurel en griego. Para todo el episodio cfr. A. Primmer (1976).

¹⁰² El 16 de enero del año 27 a.C. el Senado, agradecido a Octavio por haber renunciado tres días antes a su papel de triunviro y decretado la «restauración de la República», otorgó al ya *princeps* desde hacía un año el sobrenombre de *Augustus* y ordenó que sobre la puerta de su casa (*Palatium*) pusiera una corona de encina o *corona civica* (galardón que se otorgaba a los que habían salvado la vida de los ciudadanos) y que los postigos estuvieran adornados con laurel. El propio Augusto lo recuerda en su testamento (*Res gestae* 6, 16 = *CL* I² p. 231) y Ovidio alude a ello ya en *Art* III 389, *Fast.* I 614, III 137-139 y IV 953-954, así como más tarde en *Trist.* III 1, 39 ss. Para la identificación Augusto-Apolo que puede subyacer en todo este pasaje, cfr. V. Buchheit (1986) 90-92.

[220]

bién siempre los honores perpetuos¹⁰³. Había acabado Peán¹⁰⁴; el laurel asintió con sus ramas recién creadas y pareció que había agitado su copa como una cabeza.

Hay un bosque en Hemonia¹⁰⁵, al que por todas partes cierra una abrupta arboleda: lo llaman Tempe¹⁰⁶. Por él el Peneo, que fluye desde la base del Pindo, se despeña con olas espumosas y en su pronunciada pendiente concentra nubes que producen ligeros humos y con su salpicadura hace caer lluvia por encima de los árboles y con su estruendo aturde los lugares que no le son colindantes: ésta es la casa, ésta es la mansión, éste es el santuario del gran río; en él, sentándose en una cueva hecha de rocas, promulgaba leyes a las aguas y a las ninfas que viven en las aguas. Se reúnen allí en primer lugar los ríos indígenas¹⁰⁷, sin saber si felicitar o consolar al padre, el Esperquio, rico en ála-

¹⁰³ Se refiere a que, al igual que los cabellos del dios nunca decrecen, el árbol no pierde sus hojas.

¹⁰⁴ Invocación de Apolo en los himnos en su honor, que por ello reciben el nombre de peanes.

¹⁰⁵ Nombre de Tesalia por un epónimo Hemon, hijo de Pelasgo y padre de Tésalo el otro epónimo de la región. Desde aquí hasta la explicación de la ausencia de Inaco ve F. J. Miller (1921) 472 un buen ejemplo del método que él llama de «pasaderas» (*stepping-stones*) para unir los episodios.

¹⁰⁶ El Tempe en realidad no es un bosque sino un valle boscoso de Tesalia.

¹⁰⁷ En su enumeración Ovidio cita importantes ríos de Tesalia siguiendo la dirección sur-norte. El Esperquio, que fluye por la Tesalia meridional, o Pitiótide, equiparable en su caudal y extensión al Peneo, provocó con sus aluviones el paso de las Termópilas; el Enipeo y el Apídano, de la Tesalia central, unen sus aguas y desembocan en el Peneo; mucho más pequeño y prácticamente desconocido es el Anfriso que tiene en común con el Enipeo nacer en el monte Oris y está equidistante en su desembocadura del Peneo y del Esperquio; el último de los ríos mencionados, el Eante, no es tesalio sino epirota (Ovidio lo diferencia de los auténticamente «indígenas» al privarle de epirota) pero sí que nace en Tesalia cerca de las fuentes del Peneo, por lo que está justificada su presencia, por más que su cauce discorra en dirección opuesta y desembogue en el mar Jónico y no en el Egeo. Sobre este encuentro de los dioses-río en casa del Peneo, cfr. T. Eggers (1984) 142-144.

mos, y el Enipeo, que nunca descansa, y el anciano Apídano¹⁰⁸ y el tranquilo Anfriso y el Eante, y después los otros ríos, que, por donde los lleva su empuje, conducen al mar sus aguas cansadas de tanto recodo.

Fuente: *Las metamorfosis* de Publio Ovidio Nasón

"Un lugar donde tu hijo desarrollará sus habilidades."

Adelaida Puyol 317 - Tel: 4664-6431

www.institutoeducativosantaisabel.edu.uy

CARPETA 2

INFORMACIÓN SOBRE LOS PERSONAJES

Apolo

APOLLO (Ἀπόλλων). Apolo es un dios que pertenece a la segunda generación de los Olímpicos. Es hijo de Zeus y Leto y hermano de la diosa Artemis. Hera, celosa de Leto, había perseguido a la joven por toda la Tierra. Cansada de errar, Leto buscaba un sitio donde dar a luz a los hijos que llevaba en su seno, y en toda la tierra se negaban a acogerla, teniendo la cólera de Hera. Sólo una isla flotante y estéril, llamada Ortigia (la isla de las Codornices), o tal vez Asteria, consistió en dar asilo a la desventurada. Allí nació Apolo. Agradecido, el dios fijó la isla en el centro del mundo griego y le dio el nombre de Delos, «la brillante». Allí, al pie de una palmera, el único árbol de toda la isla, Leto aguardó el parto durante nueve días y nueve noches, pues Hera retarda a su lado, en el Olimpo, a Leto, la diinidad que preside los partos felices. Todas las diosas, y especialmente Atenea, se hallaban junto a Leto, pero nada podían hacer en su favor sin consentimiento de Hera. Finalmente, resolvieron enviarle a Iris para rogárle permíttese el alumbramiento, ofreciéndole, para aplacar su ira, un collar de oro y ámbar de un espesor de nueve codos. A este precio, Hera

Apolo: CALM., *Himno a Delos*; a Apolo Píi.; *Himno hon. a Apolo*; II, VII, 452 s.; XXI, 441 s.; etc.; FROD., *Plu.* III, 14 s.; y escol. ad loc.; FRAGM., 87 y 88; ESO., *Supl.*, 260 s.; EUR., *Ifig. en Táur.*, 1250; ALC., I s.; y escol. ad loc.; APOL. RON., *Arg.*, II, 707 s.; IV, 616 s.; SERV., a VIRG., *En.*, III, 73; VIII, 300; VI, 617; GÉORGE., I, 14; ESTRAB., IX, 646; PLIN., *Qu. gr.*, 12; HIO., *Fab.*, 32, 53, 89, 93, 140, 161, 165, 202, 242; LUC., *De sacra.*, 4; OVI., *Met.*, I, 416 s.; 452 s.; III, 534 s.; *Fast.*, VI, 703 s.; *Et. Hist. var.*, III, 1; ANT. LIB., *Tr.*, 20, 30; APD., *Bibl.*, I, 4, 1 s.; 9, 15; 3, 4, 7, 6 s.; II, 5, 9; 5, 2; III, 1, 2; 10, 1 s.; 12; 5; *Epitoma*, VI, 3; III, 8; 25; TERTUL., a LUC., 34; Cf. L. R. FARNELL, *The Cults of the Greek States*, Oxford, 1907, IV, págs. 98 s.; K. KERÉNTI, *Apolon*, Viena,

consintió en que Ilitia descendiese del Olimpo y se encaminase a Delos. Leto se arrojó al pie de la palmera y dio a luz primero a Artemis, y después, con ayuda de ésta, a Apolo. En el momento de nacer el dios, unos cisnes sagrados volaron sobre la isla, dando siete vueltas a su alrededor—pues era el séptimo día del mes—. Inmediatamente, Zeus envió regalos a su hijo: diole una mitra de oro, una lira y un carro tirado por cisnes. Luego le ordenó que fuese a Delfos. Pero los cisnes condujeron primero a Apolo a su país, a orillas del Océano, allende la patria del Viento Norte, en la tierra de los Hipérbóreos, los cuales viven bajo un cielo siempre puro y que han consagrado a Apolo un culto que celebran sin cesar. Allí permaneció el dios un año, recibiendo los homenajes de los Hipérbóreos, y regresó luego a Grecia, llegando a Delfos en pleno verano, en medio de fiestas y cantos. Incluso la Naturaleza lo festeja: las cigarras y los ruiseñores cantan en su honor, las fuentes son más cristalinas. De esta forma, se celebraba con hecatombes todos los años en Delfos la venida del dios.

En Delfos, Apolo mató con sus flechas a un dragón, llamado tan pronto Pitón como Delphne, encargado de proteger un antiguo oráculo de Temis, pero que se entregaba a toda clase de desmanes en el país, enturbiando los manantiales y los arroyos, robando los ganados y los aldeanos, asolando la fértil llanura de Crisa y asustando a las Ninfas. Este monstruo había surgido de la tierra. También se cuenta que Hera le había dado el encargo de perseguir a Leto cuando llevaba en su seno a Artemis y Apolo. Éste liberó al país de la alimafia, pero en recuerdo de su hazaña—o tal vez para aplacar la cólera del monstruo después de muerto—, fundó en su honor unos juegos fúnebres, que se llamaron Juegos Píticos, celebrados en Delfos. Después se apoderó del oráculo de Temis y consagró un tripede en el santuario. El tripede es uno

Apolo

de los emblemas de Apolo, y, sentada sobre él, la Píta pronuncia sus oráculos. Los habitantes de Delfos celebraron con cánticos de triunfo la victoria del dios y su toma de posesión del santuario. Por primera vez cantaron el peán, que, es en esencia, un himno en honor de Apolo. Pero éste tuvo que ir hasta el valle de Tempe, en Tesalia, para purificarse de la mancha de la muerte del dragón. Cada ocho años, una solemne fiesta conmemoraba en Delfos el exterminio de Pitón y la purificación de Apolo. Cuéntase que, más tarde, el dios tuvo que volver a defender su oráculo, esta vez contra Heracles. En efecto, éste había acudido a interrogarlo, y como la Píta se negaba a responderle, quiso saquear el templo, llevarse el tripede y establecer un oráculo propio en otro lugar. Apolo inició la lucha, la cual quedó indecisa, ya que Zeus separó a los contendientes—ambos, hijos suyos—fulminando un rayo entre ambos. Pero el oráculo quedó en Delfos (v. *Heracles*).

Se representaba a Apolo como un dios muy hermoso, alto, notable especialmente por sus largos bucles negros de reflejos azules, como los pétalos del pensamiento. No es de extrañar que tuviese numerosos amores con Ninfas y con mortales. Así, amó a la ninfa Dafne, hija del dios río Peneo, en Tesalia. Esta pasión se la había inspirado el rencor de Eros, irritado por las moñas de Apolo, que le había hecho objeto de burla porque se ejercitaba en el manejo del arco—ésta era, en efecto, el arma por excelencia de Apolo—. La ninfa no correspondió a sus deseos y huyó a las montañas. Como el dios la persiguiera, cuando estaba a punto de ser alcanzada diligió una plegaria a su padre, suplicándole que la metamorfosase para permitirle escapar a los brazos del dios. Su padre consistió en ello y la transformó en laurel (en griego, ἄλυσος), árbol consagrado a Apolo.

Más afortunado con la ninfa Cirene, engendró al semidiós Aristeo. Con las Musas, cuyo culto iba ligado al suyo, tuvo también aventuras: se le atribuye, con Talla, la paternidad de los Coribantes, que eran demonios pertenecientes al cortejo de Dioniso. Con Urania parece que engendró a los músicos Lino y Orfeo, que otros creen hijos de Egeiro, y a la musa Caliope. Una de sus más célebres aventuras es la que se refiere al nacimiento de Asclepio (v. este nombre), y en la que fue víctima de la infidelidad de Corónide. Un contratiempo parecido le ocurrió con Marpesa, hija de Egeo. Apolo amaba a la doncella, pero ésta fue raptada por Idas, hijo de Afareo, en un carro alado que le había regalado Posidón. Idas se llevó

a la joven a Mesenia. Allí, Idas y Apolo se batieron, pero Zeus separó de nuevo a los contendientes. Diose a Marpesa el derecho a elegir al que prefiriese de los dos amantes, y se decidió por el mortal, temerosa, según se dice, de verse abandonada en la vejez si se casaba con Apolo. Con Casandra, hija de Príamo, tampoco el amor favoreció al dios. Apolo amaba a Casandra, y, para seducirla, le prometió enseñarle el arte de la adivinación. La joven aceptó las lecciones; pero, una vez instruida, lo rechazó. Apolo se vengó retirándole el don de inspirar confianza en sus predicciones. Por ello, la desgraciada Casandra, pese a profetizar las cosas más ciertas, no era creída de nadie.

Tal vez por entonces Apolo gozó del amor de Hécuba, madre de Casandra y esposa de Príamo, y le dio un hijo: Troilo. También en Colofón (Asia), Apolo pasaba por haber tenido un hijo de la adivina Mantó; el también adivino Mopsos, que superó al griego Calcante en un concurso que celebraron después de la guerra de Troya (véase su leyenda y la de *Calante*). En Asia también tuvo otro hijo, llamado Miletto, de una mujer a quien se llama, a veces, Aria, y otras, Acacálide o Acale (v. *Acacálide*). Este Miletto fundó luego la ciudad de su nombre.

En la propia Grecia, Apolo era generalmente considerado como el amante de Pífa, epónimo de esta región de Tesalia, y se atribuía a esta unión el nacimiento de tres hijos: Doro, Ládoco y Polipetes, muertos por Eolo. Finalmente, con Reo engendró a Anio, que reinó en Delos (v. *Anio*).

La paternidad de Tenes, que fue muerto por Aquiles en la isla de Ténedos, muere que desencadenó el movimiento fatal de los Destinos, que accarraron al fin la del propio Aquiles, es atribuida, ora a Apolo, ora a Cico.

Apolo no limitó sus amores a las mujeres; también amó a muchachos. Los más célebres son los héroes Hiascino y Ciprítico, cuya muerte, o, mejor dicho, metamorfosis—el primero se convirtió en lirio maritago, o en jacinto; el segundo, en ciprés—afligió profundamente al dios. Cuéntase que, por dos veces, Apolo sufrió una curiosa prueba, y hubo de ponerse en calidad de esclavo al servicio de mortales. La primera vez fue a consecuencia de la conspiración que habían urdido con Posidón, Hera y Atenea, para sumir con cadenas a Zeus y suspenderlo en el cielo (v. *Egeón*). Fracasada la conjura, Apolo y Posidón fueron obligados a trabajar para el rey de Troya, Laomedonte, quien les encargó la construcción de los muros de su ciudad. Pero, según algunos, sólo Posidón

36 37

trabajó en la obra, mientras Apolo guardaba los rebanos del rey en el Ida. Cuando terminó esta servidumbre, Laomedonte se negó a abonar a las dos divinidades el salario estipulado, y, al protestar ellas, amenazólas con cortarles las orejas y venderlas como esclavos. Cuando Apolo hubo recuperado su forma divina y su poder, envió contra Troya una peste que asoló el país (v. *Hestione y Heracles*).

La leyenda de Apolo pastor reaparece todavía en la historia de la segunda prueba que hubo de sufrir. Cuando su hijo Asclepio, instruido por el centauro Quirón en el arte de la medicina, hubo realizado tales progresos que llegó incluso a resucitar muertos, Zeus lo mató de un rayo (v. *Asclepio*). Ello hirió profundamente a Apolo, que, no pudiendo vengarse sobre el propio Zeus, dio muerte a flechazos a los Ciclopes, forjadores del rayo. Zeus, para castigarlo, pensó por un momento en precipitarlo en el Tártaro; mas, por intercesión de Leto, consistió en suavizar el castigo y ordenó que Apolo sirviese como esclavo a un mortal durante un año. Presentóse, pues, el dios en Tesalia, en Feras, en la corte del rey Admeto, a quien sirvió como boyero. Gracias a él, las vacas parían siempre dos terneras a la vez, y, en general, trajo la prosperidad a la casa (v. *Alceste*).

A veces Apolo aparece también como pastor por cuenta propia. Sus bueyes fueron robados por Hermes joven, todavía en pañales, el cual dio así muestras de la precocidad de su ingenio. Apolo recuperó su propiedad en el monte Cifeno. Pero se cuenta que el pequeño Hermes había inventado la lira, y Apolo quedó tan maravillado con el invento, que cedió a Hermes sus rebanos a cambio del instrumento. Al inventar luego Hermes la flauta, Apolo se la compró por una vara de oro (el «caduceo» de Hermes), y, además, le enseñó el arte adivinatorio.

Todavía interviene la flauta en las leyendas apolónicas con la historia de Marsias. Este sátiro, hijo de Olimpo, había encontrado una flauta tirada por Atenea cuando, al tratar de servirse de ella, no tardó en desecharla al comprobar hasta qué punto le deformaba la boca y daba a su rostro una expresión desagradable. Como quiera que encontró melodiosa la música que salía del objeto, Marsias retó a Apolo con la pretensión de que era mejor músico con su flauta que el dios con la lira. Marsias fue vencido, y Apolo lo desolló después de colgarlo de un pino.

Como dios de la música y la poesía era representado Apolo en el monte Parnaso, donde presidía los concursos de las Musas.

“Un lugar donde tu hijo desarrollará sus habilidades.”

Adelaida Puyol 317 - Tel: 4664-6431

www.institutoeducativosantaisabel.edu.uy

CARPETA 2

Sus oráculos se expresaban, por lo general, en fórmulas versificadas, y se creía que inspiraba tanto a los adivinos como a los poetas. Comparte esta función inspiradora con Dioniso, pero la apolínea se distingue de la dionisiaca por su carácter más mesurado (v. *Dioniso*).

Dios del vaticinio y de la música, dios pastoral, cuyos amores con las Ninfas y los manebos trocados en flores y árboles lo unen íntimamente con la vegetación y la Naturaleza, Apolo era al mismo tiempo un dios guerrero, capaz, con su arco y sus flechas, de enviar desde lejos, como su hermana Artemis, una muerte rápida y dulce. Participa con ella en la matanza de los hijos de Niobe, para vengar el honor de Leto (v. *Niobe*). Envía a los griegos reunidos ante Troya una peste que diezma su ejército, para obligar a Agamenón a devolver la joven Criseida, que tenía cautiva, a su sacerdote Crises. Aniquiló también a los Ciclopes, a la serpiente Pitón y al gigante Ticio. Intervino en la Gigantomachia al lado de los Olímpicos. En la *Ilíada* lucha en favor de los troyanos contra los griegos, protege a Paris en la batalla, y a su intervención, directa o indirecta, se atribuye la muerte de Aquiles.

Ciertos animales eran particularmente consagrados a Apolo: el lobo, que a veces le era ofrecido en sacrificio, y cuya imagen se asocia frecuentemente a la suya en las monedas; el corzo o la cierva, que también figuran en el culto de Artemis; entre las aves, el cisne, el milano, el buitre y el cuervo, cuyo vuelo daba presagios. Finalmente, entre los animales marinos, el delfín, cuyo nombre recuerda el de Delos, principal santuario de Apolo. El laurel era la planta apolínea por excelencia; en sus trances proféticos, la Pitia mascaba una hoja de laurel.

Las funciones y los símbolos de Apolo son múltiples, y su estudio pertenece más bien a la Historia de las religiones que a la Mitología. Así, Apolo se convirtió poco a poco en el dios de la religión órfica, y a su nombre se asoció todo un sistema místico religioso, miltad moral, que prometía a sus iniciados la salvación y la vida eterna (v. *Zenón y Orfeo*). Apolo pasó por ser el padre de Pitágoras, nombre con el cual se ponen frecuentemente en relación doctrinas afines. También se representaba a Apolo — sobre todo el Apolo Hiperbóreo — reinando en las Islas de los Bienaventurados que son el *Paraiso* del Orfismo y del Neopitagorismo. A título de tal, los mitos apolíneos aparecen con singular persistencia en los muros de la basílica de la *Porta Maggiore*, de Roma, así como en numerosos sarcófagos romanos esculpidos. Finalmente, Augusto, primer

emperador de Roma, adoptó a Apolo como protector personal. Atribuyó a la intervención del dios la victoria naval conseguida en Accio sobre Antonio y Cleopatra (el año 31 antes de Jesucristo), y entre el pueblo se contaba que Atia, madre de Augusto, había concebido a su hijo por obra del dios, una noche en que ella había dormido en su templo. Augusto edificó en el Palatino, cerca de su mansión, un templo a Apolo, y le tributaba un culto particular. En buena parte en honor de Apolo fueron celebrados los Juegos Seculares del 17 antes de Jesucristo, en que se entonó el «Canto Secular» de Horacio. En este himno, Apolo y su hermana Artemis aparecen como las divinidades mediadoras entre el pueblo romano y Júpiter. Son ellas las que transmiten y distribuyen las celestiales bendiciones.

EROS (Ἔρως). Eros es el dios del Amor. Su personalidad, muy variada, ha evolucionado grandemente desde la era arcaica hasta la época alejandrina y romana. En las iconografías más antiguas, Eros es considerado como un dios nacido a la par que la Tierra y salido directamente del Caos primitivo, y, como tal, era adorado en Tespias, en forma de una piedra bruta. O bien Eros nace del huevo original, el huevo engendrado por la Noche, cuyas dos mitades, al separarse, forman la Tierra y su cobertura, el Cielo. Eros seguiría siendo siempre, incluso en tiempos de los adornos «alejandrinos» de su leyenda, una fuerza fundamental del mundo. Asegura no sólo la continuidad de las especies, sino también la cohesión interna del cosmos; sobre este tema han especulado los autores de cosmogonías, los filósofos y los poetas. Contra la tendencia a considerar a Eros como uno de los grandes dioses, se eleva la doctrina presentada en forma de mito por Platón en el *Banquete*, doctrina que pone en boca de una sacerdotisa de Mantinea, Diotima, que, en tiempos, dice, había iniciado a Sócrates. Según Diotima, Eros es un «genio» intermedio entre los dioses y los hombres. Ha nacido de la unión de Poros (el Recurso) y Penia (la Pobreza) en el jardín de los dioses, al final de un gran banquete al que habían sido invitadas todas las divinidades. A su doble parentesco debe característicamente muy significativas: siempre a la zaga de su objeto, como la Pobreza, sabe siempre ingeniarse un medio para conseguirlo (como Recurso). Pero, en vez de ser un dios omnipo-

Eros: Hes., *Teog.*, 120 s. (v. la ed. Maizon, pág. 26); Pseudo, *Comment. al Timeo*, p. 368 (Sch.); Aristóteles, *Metaph.*, I, 4; Plat., *Banquete* (v. especialm. el mito de Diotima); Aristóteles, *Aves*, 695 s.; Paus., VIII, 21, 2; IX, 27, 1 s.; Nonno, *Dionis.*, VII, 1 s.; Alcio, fragm. 13; Anacrisión, fragm. 47; 48; 63, etc.; Esq., *Supl.*, 1039 s.; Sof., *Trag.*, 354, 441;

tento, es una fuerza perpetuamente insatisfecha e inquieta.

Imagináronse otros mitos que le asignaban distintas genealogías. A veces se le tiene por hijo de Ilitia, de Iris, o de Hermes y Artemis Clotia, o bien — y es ésta la tradición más generalmente aceptada — por hijo de Hermes y Afrodita. Pero aun en este punto las especulaciones de los mitógrafos han establecido distinciones. Del mismo modo que se distinguen varias Afroditas, se distinguen también varios Amores: uno sería hijo de Hermes y Afrodita Urania (v. *Afrodita*); otro, llamado Anteros (el «Amor Contrario» o «Recíproco»), habría nacido de Ares y Afrodita, hija de Zeus y Dione. Un tercer Eros sería hijo de Hermes y Artemis, hija de Zeus y Perséfone; éste es más particularmente el dios alado, familiar a los poetas y escultores. Clotión, que al final de su tratado *Sobre la naturaleza de los dioses* ha acumulado estas sutilezas de los mitógrafos, demuestra sin ningún esfuerzo el carácter artificioso de todos esos mitos, forjados tardíamente para resolver dificultades o contradicciones que encerraban las leyendas primitivas.

Poco a poco, bajo el influjo de los poetas, el dios Eros ha ido adquiriendo su fisonomía tradicional. Se le representa como un niño, con frecuencia alado, pero muchas veces sin alas, que se divierte llevándolo del desasosiego a los corazones. O bien los inflama con su antorcha o los hiera con sus flechas. Sus intervenciones son innumerables. Acomete a Heracles, a Apolo — que se había burlado de él por querer manejar el arco —, al propio Zeus, incluso a su madre y, desde luego, a los humanos. Los poetas alejandrinos gustan de presentarlo jugando a las nueces — los equivalentes antiguos de los bolos — con niños divinos, especialmente Ganimedes, disputando con ellos o con su hermano Anteros. Inventan escenas infantiles que cuadran con el carácter del dios: Eros castigado, sufriendo una penitencia impuesta por su madre; Eros herido por haber cogido rosas sin reparar en las espinas, etc. Las pinturas de Pompeya han popularizado este tipo (véase, por ejemplo, la *Vendedora de amores*). Pero siempre — y éste es un tema preferido de los poetas — bajo el niño en apariencia inocente se adivina al dios poderoso, capaz, si se le antoja, de producir

cruelles heridas. Su madre particularmente lo trata con ciertas consideraciones y siempre le teme un poco.

Una de las más célebres leyendas en que Eros desempeña un papel es la romántica aventura de Psique (v. este nombre), historia tratada como cuento y cuyos orígenes hay que buscar probablemente en las fábulas «milesias».

Eros

DAFNE (Δάφνη). Dafne, cuyo nombre significa «laurel» en griego, es una ninfa amada por Apolo. Tan pronto se considera hija de la Tierra y del río Ladón, como del

rio tesalio Peneo. Perseguida por Apolo, huyó hasta que, a punto de ser alcanzada, suplicó a su padre que la transformase. Fue convertida en laurel, la planta predilecta del dios (v. también *Apolo*).

Existía una variante laconia de la leyenda, según la cual, Dafne era hija de Amiclas. Amante de la caza y de carácter esquivo, no vivía en las ciudades, sino que pasaba el tiempo corriendo por los montes. Era la favorita de Artemis. Leucipo, hijo del rey de Elide, Enómao, se enamoró de ella, y para acercarse a ella, se puso un vestido de mujer y se mezcló con sus compañeras. Y he aquí que Dafne le cobró afecto bajo su disfraz, y jamás se separaba de él. Entonces Apolo, sintiéndose celoso y viendo que Leucipo estaba a punto de ser amado, inspiró a Dafne y a sus compañeras el deseo de bañarse en una fuente. Leucipo se resistía a desnudarse, pero sus compañeras lo obligaron, y descubrieron la superchería; se arrojaron sobre él con sus lanzas, mas los dioses lo volvieron invisible. Apolo se precipitó para coger a Dafne; sin embargo, ésta consiguió huir y, a ruego suyo, Zeus la transformó en laurel.

PENELO (Πηνελόπεια). El Peneo, dios-río de Tesalia, es considerado como el hijo de Océano y de Tetis. Figura en el origen de la raza tesalia de los lapitas. Casado con Creusa (o con Filira), tuvo tres hijos: Estilbeo, Hipseo y Andreo (v. cuad. 23, pág. 307). Se le atribuye también la paternidad de Ifis, quien, unida a Eolo, fue la madre de Salomoneo, y de Menipe, esposa de Pelasgo. Más célebres son sus otras dos hijas — que, por lo menos, le atribuyen las tradiciones tardías —, Dafne y Cirene, madre de Aristeo (v. estos nombres).

Fuente: *Diccionario de Mitología griega y romana* de Pierre Grimal

“Un lugar donde tu hijo desarrollará sus habilidades.”

Adelaida Puyol 317 - Tel: 4664-6431

www.institutoeducativosantaisabel.edu.uy

CARPETA 2

Tarea No. 1

Luego de leer de forma atenta y pausada los materiales, responde en relación al texto: *Dafne y Apolo*:

- a- ¿Estamos frente a un mito o leyenda? ¿Por qué? Justifica.
- b- Realiza el argumento de la misma, teniendo en cuenta:
 - ¿Cómo nace el amor de Dafne y Apolo? ¿Cómo se lo describe? ¿Por qué la ninfa rechaza a su pretendiente? ¿Qué recursos utiliza el dios para convencerla? ¿De qué modo se salva del acoso de Apolo? ¿Cómo reacciona el mismo al darse cuenta que su amor es imposible?
- c- Efectúa la caracterización de los personajes que intervienen según la historia de *Dafne y Apolo*, y además, partiendo del material de Pierre Grimal, señala quiénes son en mitología griega y romana.
- d- Busca pinturas que ilustren diferentes momentos de este texto.
- e- Utiliza la imaginación y crea un mito o leyenda relacionado a la ciudad en la que vives.

Tarea No. 2

(No es para entregar tarea sino para ir recopilando información que se utilizará para próximo trabajo).

- a- Buscar información sobre: Mario Benedetti, Idea Vilariño, Eduardo Galeano y Mario Levrero.
- b- Indagar sobre artistas de nuestra localidad (más que nada escritores). Anotar sus nombres e ir buscando información sobre los mismos.
- c- Buscar y archivar fotos que se relacionen con nuestra ciudad y con el reconocido escritor Mario Benedetti (por ejemplo: foto del toro y/o de la Iglesia, de una publicación en nuestro semanario vinculado al escritor o la semana de Benedetti, foto de algún libro de nuestra biblioteca que sea de dicho autor o de nosotros leyendo una de sus obras, de la escultura situada en el Paseo que lleva su nombre, de los carteles en acrílico con fragmentos de sus poemas, etc.).